

7 Febrero/71



# MASCO

Depósito le-  
ña Ibáñez.  
número 9.  
controlada por



## SE NECESITAN

Verificadores de primera para control de  
calidad

Los interesados, dirigirse a TOWLER HIS-  
PANIA, S. A. Entidad Zikuñaga, 59, Hernani.

## Con Delibes por el Páramo de Masa

Por José Luis PEÑA

**L**A dureza de este invierno ha hecho aparecer casi cada día en el Boletín de la Meteo (vulgarmente "el hombre del tiempo") el nombre del Páramo de Masa, en la provincia de Burgos, por causa de las heladas, de la nieve, o por la advertencia a los automovilistas de la necesidad del uso de cadenas. Esto, cuando no decía que estaba cerrado. El sitio, desde luego, se las trae.

Cada vez que leo o que oigo Páramo de Masa acuden de forma inevitable a mi memoria dos nombres: el de mi padre y el de Miguel Delibes, dos personas a las que la común afición —"hobby", como ahora se dice— a la pesca y a la caza unió en cordial amistad, pese a la gran diferencia de años que los separaba. Esta amistad le inspiró a Delibes, a la muerte de mi padre, uno de los más bellos artículos periodísticos que hayan salido de la pluma del gran escritor. Lo tituló «Sedano sin Isaac Peña», y ha sido luego recogido, con otros, también magistrales, en su libro «Vivir al día».

Precisamente en estas semanas en que el termómetro traía a la actualidad informativa al Páramo de Masa, he estado leyendo, con verdadera delección, el nuevo libro que ha publicado Delibes, «Con la escopeta al hombro», en el que sale a relucir el mencionado páramo a propósito de una novedad, precisamente cinegética, que hubiese sorprendido agradablemente a mi padre: la presencia del jabalí por aquellas tierras. Siendo yo chico, le oí, cuando volvía a San Sebastián de sus excursiones, hablar del raposo, de la garduña, del tejón, del lobo, pero nunca del gorrino. Ante las noticias que ahora cuenta Delibes, habría puesto, estoy seguro, aquel sonriente semblante, casi infantil, que le provocaba cualquier acontecimiento de la Naturaleza. Y si era de aquella tierra, todavía más.

El Páramo de Masa es un lugar de estremecedora hermosura, quizás por su primer golpe de desolación. Se halla a unos cuarenta kilómetros de Burgos, en la carretera general a Santander. Habitualmente, suele soplar por allí un aire sutil y estimulante. De lo alto, pronto se descende hacia paisajes más suaves y verdeantes, los de Sedano, Cobanera, Escalada, Valdela-teja. Junto al pueblo de Masa, que da nombre a la zona, se halla el cruce de la general con una carretera de segundo orden que va de la parte vascona de Burgos, la Bureba, a Villadiego, y que a pocos kilómetros en esta dirección ladea el llano de La Pinza, donde solían correr las liebres que era una delicia.

Miguel Delibes conoce este páramo de Masa como la palma de la mano, porque ha hecho de Sedano, que está allá abajo, a cuatro kilómetros, su pueblo de adopción. En una de sus excursiones finisemanales encontró la región, desde Quintanilla Sobresierra para el Norte, movilizadas a la convocatoria del jabalí, convocatoria que ya antes habían atendido los avisados cazadores norteños.

Si bien en las regiones septentrionales de León, Palencia y Burgos nunca faltó el jabalí, en las zonas bajas de estas provincias constituyen ahora una auténtica novedad. Delibes, que sabe de todo esto



Miguel Delibes, cazador por gusto y temperamento, posa ante una fotografía suya que habla de sus aficiones cinegéticas

tanto como de escribir —y de esto sabe todo—, encuentra dos razones a la aparición del cochino por el Páramo de Masa y aledaños: los iniciales pobladores de hayedos y robledales se han duplicado porque nadie les había incordiado; y a mayor abundamiento, la repoblación forestal, algo que, dice, suele marginarse a la hora de los recuerdos triunfales, les ha facilitado una defensa, extensa e inextricable, con la que no contaban.

Yo me figuro a Delibes con su atuendo medio deportivo medio rural, tocado con la indefectible boina vasca, tropezarse de buenas a primeras con el cochino mientras rastreaba el páramo como cazador a rabo en solitario. Quiero subrayar esta precisa y castiza expresión de cazador a rabo en solitario, porque todos los auténticos conocen su verdadero significado. Así como Pío Baroja decía de la navegación a vela, en frase genial y rotunda, que era la única manera decente de navegar, Delibes considera —yo creo que con absoluta razón— que la caza en solitario es la fetén. Lo demás, salvo las modestas cuadrillas de cazadores en mano, es pura O.P.R. —Operación de Relaciones Públicas.

Aunque sólo sea por los placeres de disfrute de la Natura-

leza que proporciona, para cuyo goce se necesita una sensibilidad que no a todos se da, vale la pena de exaltar la caza en solitario, de cuyas virtudes también le oí hablar a mi padre. Para la segunda o tercera generación de habitantes de la ciudad actual, maleadas por el macadam, el tráfico urbano, los semáforos, la contaminación, la prisa y el hormigón, ¿qué pueden significar cosas tan sutiles como el discreto crujido del viento en el roble, el misterio de la bruma levantándose, la caricia del sol, el graznido lejano de las grujillas, la nube cenicienta desplazándose sobre el cielo azul, accidentes, todos ellos, que animan la espera junto a una linde cuando uno no tiene otra compañía que la del fiel «setter»...?

Hay gentes que no comprenden esto, porque para ellos soledad y aburrimiento son sinónimos. «El hecho es real y preocupante —escribe Delibes con acierto—, particularmente cuando el mundo moderno está amenazado (?) por una progresiva ampliación del ocio. El ocio es como un odre vacío. Si no nos preocupamos por llenarlo sobreviene la flaqueza y el desmayo.»

La Naturaleza, con todas sus posibilidades, es la gran solución.

MIGUEL DELIBES

# Con la Escopeta al Hombro

Por Amelia Agostini de Del Río

MD

ACABO de recibir este libro (primera edición, diciembre de 1970) que me envía su autor Miguel Delibes. Como reza la solapa, es éste "catedrático de Derecho Mercantil y fecundo periodista". Para mí es, sobre todo, un gran novelista y un preciado amigo que me ha proporcionado ratos jocundos y provechosos con su ingenio y su talento, ya sea en la conversación, ya por medio de sus novelas. Sobre ocho de éstas he dado varias veces una conferencia, con amor y regusto.

Con la escopeta al hombro no es una novela sino un relato de unas ciento setenta y cinco páginas dedicadas, como sugiere el título, a la caza. En los veinticinco breves capítulos narra Delibes sus experiencias de cazador de caza menor; lleva más de seis lustros en el oficio. En esas páginas, escritas en un estilo llano y espontáneo, se comenta la caza de la codorniz, la ganga, la perdiz y la becacina, así como la de las palomas torcaes, las liebres, los zorros y los jabalíes. Naturalmente aparecen algunos perros. Los que posee el molinero observan —dice— una actitud cívica ejemplar: "No parecen españoles, su instinto de agresividad es mínimo", hecho que atribuye a la alimentación —harina y salvado—. "Sería cosa de estudiar la dieta de los españoles —comenta— para tratar de remediar su inveterada propensión al cainismo".

NOS ADVIERTE el autor que no habla para "ornitólogos sino para vagabundos, cazadores y trotapáramos". No entro en ninguna de estas categorías pero me interesa el libro porque son experiencias personales bien contadas y con gracia, con esa gracia tan natural y tan difícil de lograr. (Apuesto a que D. Miguel no maneja la escopeta como maneja la prosa). Además, hallo pasajes que satisfacen mi gusto por la bucólica y por la insólita belleza del paisaje castellano. Al hablar de la codorniz, ave caprichosa que según el autor se lleva la palma como plato delicado por excelencia, se regodea en la descripción (a lo mejor la que se regodea es una servidora) de dos mo-  
 (dos de prepararse. Resulta exquisito — dice — si se preparan las

y luego en hojas de parra, sujetas por un hilo y asadas al horno (receta de la madre), o en "un estofado a base de una cama de cebolla, ajo, perejil, laurel y aceite —todo en crudo— sobre la que se van depositando los pájaros salados uno a uno" (receta de la mujer). Si se añaden champiñones o uvas de moscatel, ¡tanto mejor!

DELIBES tiene sensibilidad para la naturaleza y un extraordinario entusiasmo venatorio. "En la caza no hay quien se las sepa todas; al venador más conspicuo le resta siempre algo por aprender. Y "es este descubrimiento paulatino de los misterios del monte y de la vida animal lo que en el último extremo nos mantiene al acecho en un vitalicio estado de alerta, que diría el maestro Ortega".

En estado de alerta, pese a las varias cortapisas que enumera y que traen los años (¡cuenta con cincuenta y uno y se queja!): "Uno, que ya va para viejo, y cuando no le falla el resuello, le falla la vista; y cuando no le falla la vista, le fallan las piernas; y cuando no le fallan las piernas le fallan los reflejos; y cuando no le fallan los reflejos, le fallan los nervios, tuvo la gran satisfacción de derribar seis perdices sin cero —sirgadas, repulladas, levantadas en el otro monte por la escopeta solitaria— y la debilidad de creerse una escopeta importante; una escopeta que no sólo afina, sino que viene sometida a la disciplina. . ."

EL COMENTARIO sobre la caza va relacionado a menudo con la realidad española circundante. Así por ejemplo, con motivo del furtivismo —actitud incivil— comenta: "Ya va siendo hora de tirar de la manta y aclarar que la educación no consiste en besar ceremoniosamente la mano de las señoras, ni utilizar esmeradamente los cubiertos de pescado. La educación es algo de más enjundia que todo eso. La educación es, en esencia, el respeto "al otro". Y la educación en la gran urbe puede demostrarse de mil maneras; en el campo, en la soledad del campo, no puede manifestarse más que de una: respe-

tando a la Naturaleza y al hipotético "otro" que mañana puede ocupar nuestro lugar, o dicho en palabras pobres, en no hacer a solas lo que no haríamos si tras el primer ribazo asomaran las alas charoladas de un tricornio".

Relaciona muchas veces el tema cinegético con la actitud o el carácter del español, como por ejemplo al hablar de la agachadiza o becacina — ave menuda y de apariencia insignificante— apunta: "En España, y aunque a algunos les sonroje, hasta anteayer, hemos sido partidarios de las mujeres rollizas y los pájaros grandes. En la mesa y en la cama al español siempre le gustó tener donde agarrarse.

NUESTRA más cacareada que efectiva aproximación a Europa se va haciendo palpable por una cierta propensión a la exquisitez y ahora estamos aprendiendo que lo abultado no es necesariamente lo mejor ni, por tanto, erótica ni cinegéticamente hablando tiene por qué ser lo más codiciado". "Contrasta esta actitud celtibérica de indiferencia por la becacina con la que en este apartado ofrece Francia por ejemplo."

La táctica del cazador ha de interesar al que conoce el placer del deporte. A mí, claro, me interesa más lo humano que se halla en este breve libro. Por ese elemento humano disfruté tanto de dos novelas que relatan la vida de un bedel de Instituto y acomodador de cine que se recrea en contar sus hazañas cinegéticas: *Diario de un cazador*, 1955, y *Diario de un emigrante*, 1958. Lorenzo, el protagonista, siente, como Delibes, claro, emoción al contemplar una perdiz mientras el campo se llena de luz y colores, o al contemplar el vuelo reposado de las avutardas. El monte es refugio en la existencia rutinaria.

HASTA en la agonía de un personaje secundario, el descreído e ingenuo Pepe, sirve de consuelo la caza en los cotos celestiales que el

sacerdote describe con viveza e imaginación para lograr que Pepe se confiese. En el *Diario de un emigrante*, cuya acción se desarrolla en Chile, es la caza motivo de discordia entre Lorenzo y su mujer y de arrepentimiento por haberse casado. (¡Ojo, señoras de cazadores a tener comprensión! ¡Peor sería una oxigenada despreocupada!). Le molesta a Lorenzo en Chile no sólo la falta de compenetración entre los cazadores y el que un compañero se ría sin fundamento, sino que le fastidian las aves en sí, porque —dice— "Estas perdices son medio maricas, como yo digo, se le arrancan a uno de los pies, y para más garantía chillan como pendones, y por si todavía fuera poco, te vuelan sin malicia, por lo derecho, para que las caigas sin otro trabajo que echarte la escopeta a la cara. Y eso no, vamos. Para el que no va por la carne, sino por el deporte, esto es demasiada romería."

LA NOSTALGIA del campo lleva a nuestro bedel a consideraciones sobre la vida y sobre sí mismo: "Yo no sé si seré un gilí, pero a mí la vida me duele, y a ratos pienso que si yo voy a cazar es para olvidarme del dolor de la vida."

Son dos novelas sumamente amenas, de peripecia mínima sin conflictos mayores, humorísticas, refrescantes en una novelística que tiende a lo trágico y a lo sórdido. El tema venatorio, sabiamente manejado, es más asequible para los que entendemos poco. Con la escopeta al hombro no es novela: es un relato en que el protagonista es Delibes que logra interesarnos en las aves y hasta en la caza del jabalí. Capta nuestro interés aunque seamos legos en el deporte.

ENVIO el libro a mi yerno el Dr. Félix de Piniés, que siempre va a pasar las vacaciones a un monte de Aragón donde se olvida del neoyorkino ruido y se dedica a la caza del jabalí. No está mala carne de este cerdo salvaje, pero si hay a mano rosbif que chorree sangre, digo sin pena: "Adiós, jabalí".

El Imparcial, S.J.  
3 de abril de 1971



# NI UN DIA SIN LINEA

por Antonio Tovar  
(De la Real Academia Española)

*Gaceta Ilustrada - 4-4-71*



## LETRAS DE AQUI Y DE ALLA

UN nuevo libro de Miguel Delibes nos pone siempre en contacto con la vida, de ese modo directo, sabroso, experimentado, que es característico de nuestro novelista.

El presente (1) es una colección de artículos sobre la caza destinados a los lectores de un periódico barcelonés. Ya es conocida la afición de Delibes a la caza, a través de la cual se ha comprometido con el campo, los paisajes y todo ese mundo que para el hombre de ciudad es mudo y cerrado.

El estilo excelente de Delibes hace interesante, aun para el lector más alejado de la ocupación de la caza, el tema de cómo se pueden cobrar codornices o torcazas, o el de cómo unas costumbres que hagan a la perdiz más voladora pueden quitarle su succulencia en la cazuela. Para mí, tan ignorante del arte de Nemrod como de los secretos de la naturaleza, son especialmente atractivos los comentarios del escritor a los misterios de la distribución ecológica de animales y plantas: consecuencias del aumento de los cultivos del maíz para los hábitos de esconderse las aves, o cómo los perseguidos azores hacían de centinelas contra la expansión de las urracas, o la forma en que los lobos y otras alimañas pueden servir para guardar el equilibrio de las especies, o cómo una repoblación de encinas puede hacer vivir a los jabalíes donde ya no eran conocidos.

Muy de acuerdo con preocupaciones que afortunadamente vuelven a dominarnos, cuenta el novelista la ley de caza que proyectaba el Gobierno o se promulgaba en las Cortes. Gusta leer en letra de molde que «nuestro país —que cuenta evidentemente con otras virtudes— no conoce la educación cívica ni por el forro, con la particularidad de que esta falla afecta tanto al que no ha podido ir a la escuela como al prohombre educado —y es un decir— en colegio de pago». O también que «la relación español-Naturaleza, como la relación español-español, de siempre se ha establecido a palos».

Pero literariamente son un gozo las palabras propias, los nombres, adjetivos y verbos con que se señalan o califican los animales y acciones de la caza, y nos quedamos con el encanto de que nos expliquen, o de que se suponga que entendemos lo que es una perdiz *achuchada* o *repullada*, o el método de cazar haciendo un *ganchito*, o que un pájaro *aguanta el emparedado*, o que hay un *mohe-*

*dal*. A veces uno se queda sin saber si se trata de jerga de cazadores o de germanía o caló, así por ejemplo cuando leemos «la parte (del conejo) que durante años *nos dejó bocas*». Y en ocasiones tenemos onomatopeyas precisas y exactas, como del canto del macho de perdiz, con su «*saseo, piñoneo, copla de buche*», etcétera.

En estos bien escritos artículos de caza hay por una parte el estético disfrute del campo y del deporte, y por otro, tanto una educación del lector en el interés por la Naturaleza, como en la preocupación por sus deberes de ciudadano. El gran novelista añade a su obra un libro menor que el lector menos cazador puede disfrutar.

—oOo—

He aquí un novelista interesante entre los que nos llega de la América de nuestra lengua (2).

Autor conocido por varias novelas y piezas teatrales, Emilio Carballido, nacido en 1925 en Córdoba, estado de Veracruz, nos brinda ahora el tema de pasión y crimen en un pueblo de las montañas que rodean a la capital de Méjico. Es la historia del adolescente Mario, que descubre el crimen cometido por su hermano para eliminar al amante anterior de Hortensia.

Carballido ha evitado el realismo directo de una novela de tragedia rural mediante la eliminación, la reducción, el ir borrando todo lo convencional y accesorio. Las figuras, salvo las tres o cuatro principales, se le convierten en símbolos, como el sol mismo, que en la aldea de la montaña abrasa en medio del frío soplo del viento. Un símbolo casi es también el ermitaño, que incorpora la renuncia y el mutismo del asceta azteca cristianizado. En esa simbología es el sol el que domina las pasiones del adolescente protagonista.

La concentración a que llega Carballido reduciendo a lo esencial descripciones y diálogos, fuerza a veces al lector a volver sobre sus pasos para seguir el hilo de la novela.

La miseria, la dureza de la vida aldeana de aquél país, en su misterioso exotismo, se refleja en esta novela, que busca nuevos caminos para la prosa mejicana. ■

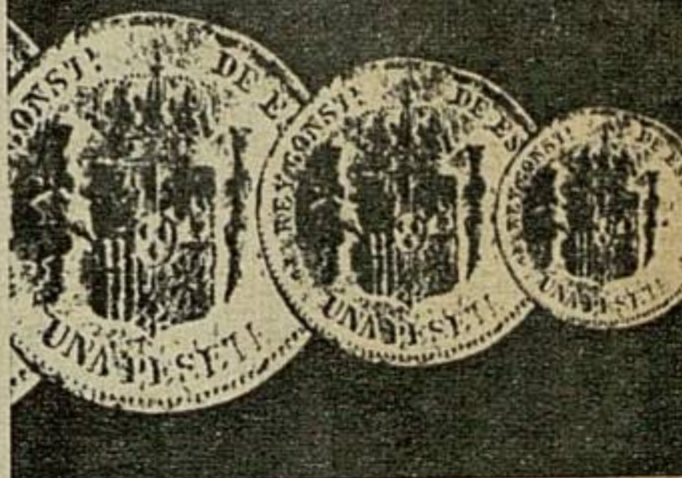
(1) Miguel Delibes: «Con la escopeta al hombro». Ediciones Destino. Barcelona, 1970.

(2) Emilio Carballido: «El sol». Joaquín Mortiz. México, 1970.



## EL BANCO DE ESPAÑA

UNA HISTORIA ECONOMICA



tirse, a partir de ahora, en una obra de consulta y referencia imprescindible, dadas las pautas y vías que para la investigación de nuestra historia económica en él se apuntan.

Obra precisa de investigación histórica, de un ejemplar rigor metodológico y de una exhaustiva documentación —a la que se somete a un detallado estudio crítico— es la que recoge casi íntegramente la tesis doctoral del profesor Gonzalo Anes Alvarez sobre «Las crisis agrarias en la España moderna» (Ed. Tecnos, 1970), contribución fundamental a la explicación de la estructura económica del Antiguo Régimen de España, en la medida en que las crisis provocadas por las malas cosechas se presentan como especialmente significativas y reveladoras a la hora de analizar las tensiones sociales provocadas por el desigual reparto del producto económico entre las distintas categorías sociales, ya que dichas tensiones se agudizan y se explicitan a un nivel superior en los años de crisis. Sin duda, la obra del profesor Anes —de la que ya se dio noticia en otra ocasión— constituye, junto a la de Pierre Vilar sobre el desenvolvimiento económico de Cataluña, uno de los soportes básicos de la más reciente y sólida bibliografía sobre la historia económica de la España moderna.

Asimismo no puede dejarse de subrayar la importancia que, para la historia más inmediata de la economía y de la sociedad españolas tiene el libro —también, en su origen, una tesis doctoral—, de Edward Malefakis, «Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX» (Ariel, 1971), el intento más logrado de cuantos conocemos de explicar las motivaciones, desarrollo y des-

enlace de la reforma agraria de la Segunda República, aportando, por ello, dada la vital importancia de los problemas y tensiones sociales en el campo español durante las primeras décadas del siglo, una línea de interpretación global de la dialéctica de la sociedad española durante la década de los años treinta. Partiendo del estudio de la distribución de la propiedad de la tierra y de las relaciones de producción predominantes en algunos de los medios rurales españoles, Malefakis reconstruye después minuciosamente —dando pruebas de haber utilizado una amplia documentación— el proceso de reforma iniciado con la instauración del régimen republicano y prolongado, en circunstancias muy distintas, a lo largo de varios años, haciendo especial hincapié en la naturaleza y las características de las limitaciones de dicho proceso, dada la índole de realizaciones propuestas, la entidad de los diversos centros de poder económico y político y la dinámica del movimiento obrero, principalmente del entonces decisivo proletariado campesino.

Por último, esta breve noticia sobre algunas aportaciones recientes y fundamentales a la historia económica de España —que no va a impedir que les dediquemos mayor atención en próximas ocasiones—, debe concluirse haciendo referencia a la reedición del libro —ya clásico—, del profesor Juan Sardá, «La política monetaria y las fluctuaciones de la economía española en el siglo XIX» (Ariel, 1971), hecho que facilitará la lectura y consulta del mismo, aparecido por primera vez en 1948 y desde entonces considerado por cuantos han estudiado el siglo XIX español como una obra de extraordinario interés, abordando aspectos y problemas de imprescindible consideración cuando se intenta profundizar en la formación de la sociedad capitalista en España. ■ **ARTURO LOPEZ MUÑOZ.**

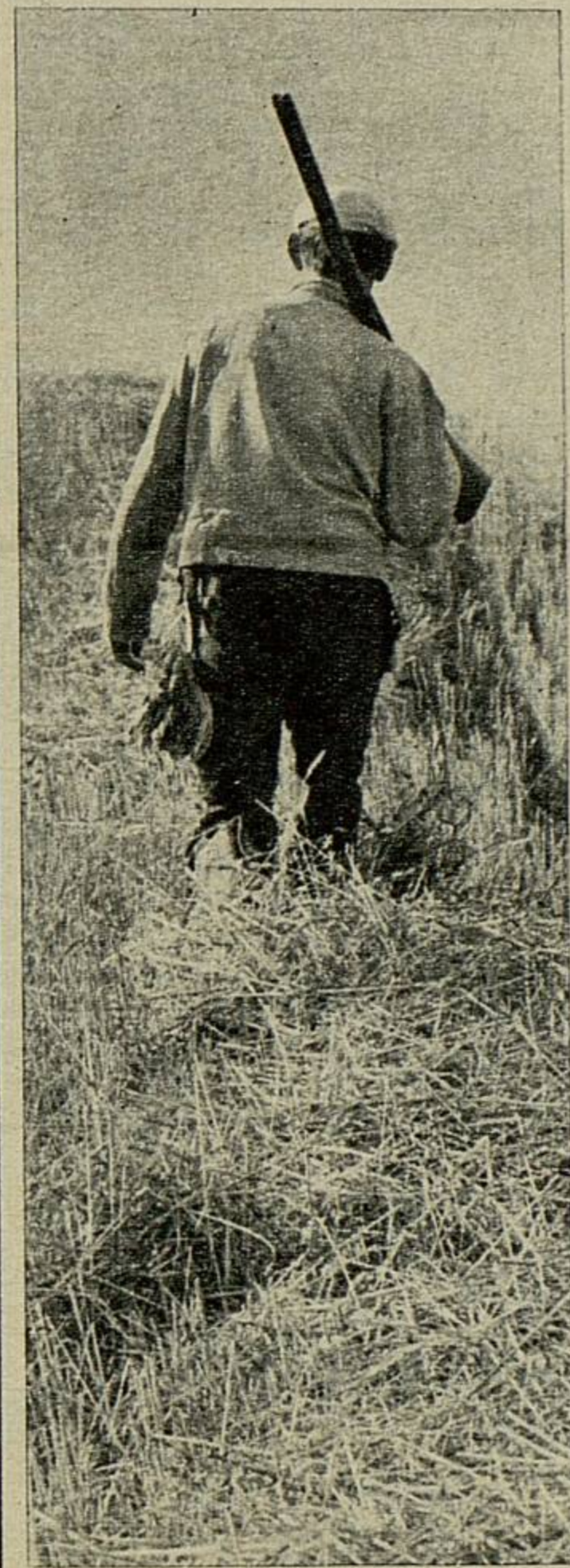
### Delibes :

#### Caza, Naturaleza y libertad

«Y es este descubrimiento paulatino de los misterios del monte y de la vida animal lo que en el último extremo nos mantiene en acecho, en un vitalicio estado de alerta, que diría el maestro Ortega». Con estas palabras señala Delibes

el motor que desde siempre ha impulsado su pasión cinegética. «Más de seis lustros en el oficio», un «oficio» que inició al mudar los dientes recargando cartuchos a la vera de su padre, cazador también, como lo son sus hijos y lo serán —si una «civilización» salida de madre no llega a impedirlo— los nietos. La caza, en orden a comprender al hombre y al escritor que es Miguel Delibes, se hace fundamental. De la actividad venatoria, vivida hasta sus últimas consecuencias, le vienen al novelista vallisoleño sus más profundos valores: el aliento vital de la tierra, la sabiduría antigua de sus hombres y —nos atrevemos a decirlo— hasta la riqueza misma de su lenguaje. Si una tarde consumida a la espera de la paloma descubriera, al examinar el buche de una torcaz abatida, que apenas hay en ella rastro de bellotas, tamaño descubrimiento llevará «a echar un párrafo con los indígenas». Y de esos «indígenas» aprenderá los «misterios del monte y de la vida animal», amén de otras muchas cosas... relativas, también, al hombre. Este contacto vivo con la Naturaleza en estado puro, con los seres que la pueblan, es lo que salva a Delibes de lo que para otros sería escollo insorteable: la tentación de un lenguaje despóticamente dominado. He aquí el milagro estilístico: el del equilibrio difícil, casi sobrehumano, entre una propiedad exhaustiva de léxico y la naturalidad del lenguaje. En el fiel de esa balanza supersensible, cuyo doble riesgo sería la pedantería, en un platillo, y la vulgaridad, en el otro, deberá situarse ese «O» matemático del equilibrio. Y ya hemos dicho de dónde procede a nuestro juicio. «Necesito escribir —dirá—, pero no soy feliz escribiendo, porque inevitablemente no sólo me quedo corto, sino que, consciente de mis limitaciones, advierto mi incapacidad para enderezar lo torcido. Esto no me sucede cuando escribo de caza. Para mí, escribir sobre asuntos de caza constituye, en cierto modo, una liberación de los condicionamientos que rigen el resto de mi actividad literaria. Si cazando me siento libre, escribiendo sobre caza reproduzco fielmente aquella placentera sensación, torno a sentirme libre y, por no operar, no opera sobre mí ni la coacción de la forma expresiva». La cita —quizá excesivamente larga— nos da la clave que decíamos: el escribir sobre caza «libera» a Delibes, y esa libertad

le salva luego en el resto de su producción. Su nuevo libro, «Con la escopeta al hombro» (1), ha sido escrito por entregas: durante la temporada de caza 1969-70 ha alternado el ejercicio cinegético dominical con la interpretación entre semana de sus incidencias en «El Noticiero



Universal». Después ha vuelto sobre esos recortes, teniendo en cuenta las apostillas que le hacían colegas cazadores, corroborando o desmintiendo sus conclusiones. El resultado se sitúa en la línea de «El libro de la caza menor» o «La caza de la perdiz roja». Y cabe decir, lo mismo que de aquéllos, que este libro se halla muy lejos de ser exclusivamente para cazadores. La caza es, si se quiere, el soporte que sustenta lo humano y lo divino. Hay aquí desde el humor hasta la sociología, pasando por cosas como ética, psicología, ciencia, justicia, arte culinario, aventura y tipología, sin que tampoco falte la crítica. En una palabra, Delibes sale, una vez más, con su escopeta al hombro dispuesto a disparar huma-

(1) MIGUEL DELIBES, *Con la escopeta al hombro*. Ediciones Destino, Barcelona, 1970.

nismo a la vuelta de cada página. ■ **BERNANDO DE ARRIZABALAGA.**

### Dos libros de poemas

«Las realidades terrenales me afectaban como visiones, y sólo como visiones, mientras las extrañas ideas del mundo de los sueños se tornaron, en cambio, no en pasto de mi existencia cotidiana, sino realmente en mi sola y entera existencia» (Edgar Allan Poe, «Berenice»).

La empresa de recuperar significados se difumina a lo largo de una historia por seis veces quinquenal, alucinada y alucinante, y así las cosas, Azúa (hombre que reside en su ciudad natal) emprende el eterno retorno —mejor quizá: abandona la gatera y se adhiere al proceso, a la «conspiración»— hacia lo amniótico, a la búsqueda de una cosmogonía perdida y, como siempre, anfibia y manierista. Sin embargo, el claustro no perdona y esto le lleva a toparse, ya en el fondo del mar, con el argumento crítico que reposa bajo la especie de galeón de Drake sólo reconocible por ese mascarón en forma de narval. El asunto se inicia con un Villancico introductorio a caballo de Esopo y Francisco de Asís (1).

Como ocurre en estos casos, las líneas precedentes quizá no aclaren gran cosa para el lector circunstancial de poesía. De los trabajos que componen el libro estimo de un gran valor las dos partes que integran *El rostro de Agamenón*, una composición inteligente y sumamente cuidada que conduce rápidamente a una relectura de Poe, sin desdeñar influencias del mejor Alexandre. El resto de los poemas resulta desigual excepción hecha de un par de ellos: *Sacramento y Penny*.

Y diametralmente opuesto al libro de Azúa, el recientemente publicado de la Sitwell (2), una poetisa de ánimo panteísta y estilo soberanamente «camp». Edith Sitwell nació en Scarborough (Inglaterra) en 1887 y murió en 1964, tras un fugaz conocimiento de una de sus más rendidas «fans», Marilyn Monroe. Los periódicos comentaron su óbito en artículos a cuatro columnas, aireando una personalidad dominante y jocosa (3), cuya leyenda iba a

(1) «El velo en el rostro de Agamenón», Félix de Azúa. El Barido, 1970.

(2) «Cánticos del sol, de la vida y de la muerte», Edith Sitwell. Colección Visor, 1971.

(3) «Norma Jean», Frederick Gilles. Lumen, 1970.

**POR  
ACCIDENTE  
DE  
CAZA**

MD

# DELIBES, SIN ESCOPETA AL HOMBRO

**“No soy un escritor que caza,  
sino un cazador que escribe”**

## ◆ «Toda semejanza entre mi persona y un intelectual es pura coincidencia»

LOS motivaciones literarias me incitan a escribir estas cuartillas. Acaba de aparecer una breve y sugestiva biografía sobre Miguel Delibes, escrita por Francisco Umbral. Es una biografía sin aparato erudito, sin «ambición» exhibida, con finalidad ante todo de divulgación. (La ha publicado

ERCANO se encuentra también el libro de Delibes, que suma y sigue a su bibliografía cinegética: se titula «Con la escopeta al hombro», y ha sido editado por

CON la escopeta al hombro recoge las observaciones y la temática que le ha proporcionado la temporada de caza 1969-70. Delibes comenta sus cacerías semanales, la carta de un amigo, la discusión del proyecto de ley de Caza... «Bien mirado —aclara el escritor en el prólogo—, al ir hilvanando periódicamente estas cuartillas, yo no hacía sino ampliar las lacónicas anotaciones que de tiempo atrás suelo hacer en mi carné de cazador.» El resultado es un libro delicioso, escrito con sobria claridad, con bella y rica sencillez. Antonio Iglesias Laguna señala acertadamente: «Antes que palabras absolutas, el escritor utiliza tecnicismo. No es prosa preparada, es prosa vivida.» Su estilo es el atajo de la sencillez, de la precisión.

ESTOS libros de caza de Miguel Delibes —literariamente sugestivos, de interesante lectura incluso para quienes no les importa la actividad cinegética— vienen a ser como cálidos paréntesis en su tarea de novelista preocupado por no quedarse atrás, por responder a exigencias de nuestro tiempo, por no repetir fórmulas de éxito comprobado. «Parábola del naufrago» —novela que no me convenció, novela de mejores propósitos que resultados— significa, en cierto modo, una noble aportación al experimentalismo narrativo en un momento de crisis, de deseo de cambio, de búsqueda personal.

ENTRE novela y novela es lógico que Delibes trabaje literariamente en algo que le sea menos duro, que le sirva de reposo en la arries-

gada tarea creacional hasta nuevamente recuperar fuerzas y probar otro camino novelístico. Mientras concibe su próxima novela—su próximo ensayo narrativo—, es lógico que escriba sobre caza, o publique notas de observación de hechos menores y mayores en forma de diario, etc.

Destino. El volumen agavilla crónicas publicadas por el novelista en «El Noticiero Universal».

RECUERDO, el día que le acompañé a cazar, que una perdiz quedó moribunda en un matorral. El animal, cuando me lancé en su busca, se encontraba en el suelo con las patas abiertas y los ojos redondos, como lentejas luminosas, aterraditos. Se la di a Miguel y le apreté con los dedos en el cuello. Así mueren por asfixia en un momento. «No es agradable —me comentó— cuando no mueren en el acto. Pero se ahogan con facilidad, en un momento... Ahora he tardado más porque tengo las manos heladas y estoy sin fuerza.»

HASTA qué punto ha influido la caza en nuestro novelista? Echo mano de unas palabras de Delibes, que son muy significativas: «Yo, como dijo Santerbas, no soy un escritor que caza, sino un cazador que escribe. Toda semejanza entre mi persona y un intelectual será, pues, pura coincidencia. Quiero decir no que desdeñe los problemas que nos conciernen a todos, sino que al abordarlos eludo el punto de vista intelectual, y los planteo desde donde me corresponde, es decir, a bajo nivel, como podría hacerlo un campesino de mi tierra. Otra cosa sería traicionarme a mí mismo y defraudar a mis lectores.»

DELIBES dice que la caza es una pasión que se mata. Su padre murió, prácticamente, con las botas puestas. Fue un aficionado entusiasta hasta el último día de su vida. Murió —a los ochenta y un años— de una hemiplejía, que le dió al regreso del río Besaya de pes-

car truchas. Los sábados Miguel ayudaba a su padre a preparar la canana, la escopeta y el macuto. Ahora son sus hijos los que le ayudan y salen con él al monte «antes de que amanezca Dios». El momento de los preparativos es un rito importante para el cazador. Los preparativos, aquella noche que yo fui testigo, se realizaron en el cuarto de trabajo del escritor. Las escopetas, las cartucheras y todo lo demás estaban guardados en la librería, en los departamentos de abajo. Es curioso que los trastos de caza estén en la misma habitación, en el mismo mueble que los utensilios de trabajo creacional.

LOVIA con ganas el domingo que les acompañé. Pero ni Miguel, ni su hijo, ni su hermano dudaron en salir al campo. «Escampará», me dijeron para animarme. La tierra se hundía, rezumaba agua. Miguel es hombre delgado, de largas piernas, muy ágil. Camina con brío, con seguridad. Está acostumbrado al monte, como las cabras. Tiene una auténtica obsesión por la naturaleza, que es una de las firmes constantes de su obra. Uno fué testigo de que allí, entre chaparros y cielo, es feliz, se encuentra en su ambiente. Miguel necesita, le urgen estos escapes. A Miguel, como al indio araucano, le aprieta demasiado «el corsé de la civilización». La caza es su sedante. Se olvida de los problemas, de la tensión y del esfuerzo de la semana. Me imagino lo que ahora estará pensando al no poder caminar monte arriba, al tener que resignarse con los ejercicios de recuperación que le impone a diario el masajista del Real Valladolid.



Por Miguel FERNANDEZ-BRASO

## Esta noche, fallo del premio

Ateneo de Sevilla

# LERA, ENTRE LOS FINALISTAS

DE nuevo los premios, las cosas de los premios, los juegos de los premios literarios. La semana pasada indiqué ya en «Letra viva» que un solo seudónimo se alzaba, amenazante, entre los finalistas del tercer premio Ateneo de Sevilla. Acojo hoy, en esta página, la crónica que Manuel Lorente nos envía desde Sevilla. El da, como probable, la participación en el concurso de Angel Maria de Lera. Según mis particulares informaciones, es seguro que el autor de las «Últimas banderas» es el enmascarado con seudónimo. Pero por primera vez, que yo sepa, se ha empleado seudónimo también para ocultar el verdadero título de una novela. Según mis informaciones, Lera no será el III Ateneo de Sevilla. Su novela es, según parece, la mejor. Pero tiene serios problemas de censura y Lera no parece estar dispuesto a correr riesgos. Lo lógico, por tanto, es que Lera quede fuera de juego y el premio se vaya hacia las novelas «Del ático al entresuelo», de Pedro Pablo Padilla, o «El paraje escondido», de Luis Fernández Rocas. Esta noche se resolverá la pequeña incógnita. Faltan unas horas.

SEVILLA. (Por teléfono, crónica de Manuel Lorente.)—La cosa parece ser que va a más. El interés ha crecido en torno al premio de novelas Ateneo de Sevilla, que patrocina la editorial Planeta. Doce novelas han llegado a la final de este certamen, que, como colofón de la Feria del Libro, es indudable que está interesando al gran público de Sevilla, haciéndole sentir una cierta curiosidad hacia el fenómeno literario. Algo se ha conseguido. El nirvana de muchos años de di-

rez Blanco; «¡Qué bello es Sinaloa!», de José María Camps; «Fondo de arena», de Lorenzo Andreo; «El paraje escondido», de Luis Fernández Rocas, y «Réquiem por un novelista», de Guillermo Saumell Navés.

¿Favorita? Al mediodía de ayer, don José Manuel Lara ofreció una «rueda de Prensa». El señor Lara manifestó que sus preferencias se inclinaban hacia la novela «Del ático al entresuelo», de Pedro Pablo Padilla, insistiendo, no obstante, en que ello no quería decir nada, ya que este año ni él ni el señor Martín de Riquer habían votado a la novela premiada con el premio Planeta, ya que uno y otro se habían inclinado por la novela de Luis de Castrejana.

El «rum-rum» de los mentideros señala como probable ganadora del premio de 500.000 pesetas a la novela «... Y la noche», de Tánis García, título y autor que parece ser se ocultan bajo la auténtica denominación de «Los que perdimos la guerra», de Angel Maria de Lera, ya que, al parecer, se trata de una continuación de la novela «Las últimas banderas». Por cierto que, al referirse a esta novela, ganadora de una de las últimas ediciones del Planeta, José Manuel Lara manifestó que junto a «La mujer de otro», otro Planeta, andaba ya por los 150.000 ejemplares.

Otras novelas con buen ambiente entre los miembros del jurado son «El paraje escondido», de Luis Fernández Rocas, que posiblemente cuente con dos votos al menos, y la del sevillano Manuel García-Viñó, «Excursión a Mara Clementina». De cualquier forma la solución está próxima. Hoy, al filo de las doce de la medianoche, un nuevo nombre y una nueva novela se habrán apuntado a la lista del premio Ateneo de Sevilla, que con tanta ilusión y amor a su patria chica patrocina José Manuel Lara.



ferencia ha sido desplazado para dar paso a un ambiente de expectación, que sin duda ha de influir en el momento de lectores. Por ello, aun cuando sólo sea por estas circunstancias, bien venido sea este premio, que hoy miércoles, en el transcurso de una cena en el hotel Alfonso XIII, lanzará o confirmará un nombre al mundo de las letras.

Doce son las novelas finalistas de este certamen. Las siguientes: «Bajo la sombra del tamarindo», de Manuel Costa; «Excursión a Mara Clementina», de Manuel García-Viñó; «Del ático al entresuelo», de Pedro Pablo Padilla; «Difícil parancia», de Félix M. Quintanilla; «El llanito», de Diego Santisteban Paz; «... Y la noche», de Tánis García —seudónimo—; «Una profesión extraña», de José María Prim; «La historia de yo», de Germán Alva-



6  
P. Orriuel:  
Por si no lo has visto.  
ahí va eso del  
nº José Luis.  
Amun.

FRANCISCO JAVIER MARTIN ABRIL

200

16 MAYO. 71.

FUNDACIÓN  
MIGUEL  
DELIBES  
Miguel Delibes

FUNDACIÓN

MIGUEL  
DELIBES

*Miguel Delibes*

# CON LA ESCOPIETA AL HOMBRO

DIARIO  
REGIONAL

25-MAYO  
1977.

MD



**A**LGUNOS amigos, cuando me ven pálido, me dicen que lo que yo tengo que hacer es cazar. No sé cazar y creo que ya no podré aprender este arte. Me hubiese gustado mucho ir de caza. Pero ya no puede ser. Creo que es tarde. Digo, al respecto, tratando de otras cosas, lo que me dijo hace años Paco Pino en El Pinar de Antequera: «No quiero más tentaciones.» Yo vivo con mi inquieta normalidad al hombro, y esto de la caza sería un lío, un lío más. No, vamos a dejarlo. Además, las escopetas creo que cuestan mucho dinero.

Leo todas las semanas las «Notas» de Miguel Delibes en el semanario «Destino». Y gozo de verdad con las prosas de Miguel de aire barojiano. Serenidad e independencia en estas notas a veces bellamente incisivas. Me divierten y me enseñan. Creo que, con algunas modificaciones de matiz, el «Diario» será un libro muy atractivo.

Me dijeron que hiciese algo sobre la «Parábola del nufrago», de Miguel. No. No hice nada. Sencillamente porque aún, en conciencia, no sé si el libro es una broma de Delibes para que algunos «piquen», como han picado, o es algo serio y profundo; en cuyo caso yo no comulgo con esta seriedad o no llego a comprender la posible profundidad del relato. Yo ya sé que este libro ha tenido en la crítica una especial acogida muy brillante. Se dicen de él cosas que yo no comparto y que, seguramente, el autor tampoco compartirá. Más bien se reirá con su escopeta al hombro en tanto goza con el hombre del campo, de la tierra, que, como a Unamuno, le dirá la verdad de la vida, del tiempo del Ecclesiastés.

«Con la escopeta al hombro» es un libro delicioso. Me dan ganas de intentar aprender a cazar, de inaugurar nuevas tentaciones. Veo, en tanto leo, la belleza del campo, la grandiosidad de la caza, la esperanza de cobrar piezas, el dolor de la sangre animal que Delibes justifica con elegancia e inteligencia. A veces parece que Delibes, en esta obra absorbente y amena, se enfrenta con la muerte de los animales en tiempo de meditación; casi como si los animales que mata el escritor fuesen seres con pensamientos y amores. Me parece que a Miguel le duele un poco la sangre de la caza. El quisiera cazar sin dañar; como él quisiera —y yo también— que el mundo no se hiciese daño con las anormales guerras ni con las injusticias sociales. Pero la vida es así: dura, como la caza. Sin embargo, el paisaje y el descanso del alma son notas que pueden contribuir a sosegar el espíritu del cazador. Está bien que Delibes no caiga en lo enfermizo, que no llore por la muerte de un canario —como lloró Hitler—, que no se debilite en su excelente carrera cazadora, que yo admiro y envidio, en tanto ahora tengo que contentarme nada más con la belleza incomparable de una prosa brillante e intransigente, que es la que en este nuevo libro nos estremece y eleva. Porque «Con la escopeta al hombro» es un gran libro. Está lleno de altura, de bonitas apreciaciones, de sabios conceptos, de riqueza expresiva. Casi sin retórica. Sin vulgares concesiones.

JOSE LUIS MARTIN ABRIL

Título de la obra: «Con la escopeta al hombro», de Miguel Delibes.—Ediciones Destino. Barcelona. 176 páginas.



# DELIBES, CON LA ESCOPETA AL HOMBRO



**CON LA ESCOPETA AL HOMBRO**, por Miguel Delibes. Colección Ancora y Delfín. Ediciones Destino. Barcelona, 1970.

Gran escritor y gran cazador, Miguel Delibes, premio Nadal 1947 y autor de libros inolvidables, nos ofrece ahora una serie de trabajos en torno de la caza.

La temporada de la codorniz, la perdiz, el zorro, el conejo, los ceptos y alimañas y hasta sus experiencias de cazador mayor constituyen algunos de los capítulos de este libro. Según confesión propia, la pluma del autor se ha movido activada por tres impulsos esenciales: romper una lanza en favor de la caza democrática, defender el deporte de la caza en su prístina pureza y tratar de advertir a las altas esferas del riesgo que amenaza a nuestras especies en el terreno común y de la necesidad de partir, para una futura repoblación, de lo que hoy exista y no de lo que pueda "ponerse". "Decididamente —dice el autor de este libro—, la caza "puesta" no nos interesa a los cazadores fetén."

C.

"YA"

huido 7/1

MIGUEL  
DELIBES

Univ. de Sevilla

# escopeta libros

1 MARZO - 1971

## REFLEXIONES SOBRE CONEJOS Y GAZAPOS

MIGUEL DELIBES es cazador. Además de escritor y periodista. Qué le vamos a hacer. Nadie es perfecto. Miguel Delibes lleva aterrorizando a pájaros y conejos casi desde que tiene uso de razón. Y encima se envanece de ello, pues sus libros de caza contribuyeron a crear su fama literaria (merecida). Ahí está su bibliografía cinegética: «La caza de la perdiz roja», «Diario de un cazador», «El libro de la caza menor», «Con la escopeta al hombro», etc. Un etcétera largo, porque el sarpullido venatorio hace de gramaje de sus obras. El arte de matar le enardece igual que a millares de celtíberos, verdugos de conejos, corzos, perdices, gorriónes, codornices y demás criaturas del Señor, que, a buen seguro, no tienen la culpa de la carestía de la vida, de los dimes y diretes entre tirios y troyanos, de que las cosas vayan así. Uno, que, entre otras cosas, ha asimilado en la India el amor a los animales de hindúes, budistas y jains, mueve entristecido la cabeza y lee «Con la escopeta al hombro» como si se tratara del Código Penal.

Uno admira a Miguel Delibes. Le tiene por un escritor auténtico. Se deleita con la sabia sencillez de su prosa, matizada y ajena al barroquismo, sin exuberancia verbal, casta como las parameras de Burgos. Empero, esta prosa de tan honda raigambre castellana maravilla por su precisión. Antes que palabras obsoletas, el escritor utiliza tecnicismos. No es prosa preparada, es prosa vivida. Tecnicismos del lenguaje cinegético o de las viejas artesanías españolas, voces del campo y

expresiones familiares del pueblo. «Con la escopeta al hombro» constituye un buen repertorio léxico venatorio: **apeonar, ganga, chorla, churra, aguardo, zorrear, percha, encames, caceríos, patirroja, vicias, palomero, ganchito, azulón, acular, rabona, perdedero, repullar, regona, doblete, arruar, saseo, piñoneo.** Otras veces los vocablos designan accidentes geográficos, plantas o pormenores de la naturaleza. Delibes siente el campo, con el cual se identifica no a la manera literaria, sino a la práctica del campesino. De ahí que su estilo posea un valor enumerativo, preciso y desnudo, sin lirismos de ninguna especie. Gran pintor del paisaje castellano, no lo literaturiza; se limita a describirlo. Cazador ferviente, podría aprovechar, por ejemplo, la inmigración primaveral de las codornices para trazar un cuadro a lo Blasco Ibáñez, a lo Turguénev. Al revés. Con sequedad notarial, *a n o t a*: «Mas existen otras razones para que la inmigración primaveral de codornices sea cada año menos nutrida en Castilla, a saber: la concentración de parcelas que, aunque a paso de tortuga, va borrando los linderos de los campos, el aprovechamiento de tierras marginales, la sustitución de cultivos de trigo por cultivos de cebada—menos querenciosos de esta avecilla—y el perceptible incremento de ganado lanar, que deja hollados y polvorientos los rastros a las pocas horas de la siega» (página 13). A lo largo del libro apenas hay detalles que revelen la identificación con la naturaleza, absorbido como está el cazador por las tareas,

fatigas, menesteres, imponderables y triquiñuelas de la caza. No obstante, el capítulo «La soledad del cazador a rabo» me parece lo más hermoso del volumen, por contener media docena de páginas de belleza formal extraordinaria, las cuales bastarían por sí solas para justificar la fama del narrador. Aquí sí que existe comunión con la naturaleza. El escritor suplanta al cazador, se le impone y superpone, le obliga a sentir la creación como algo más im-

portante que la posibilidad de foguear pájaros. «La caza en solitario—dice Delibes—colma las ansias de libertad que subyacen en el corazón del hombre. Pero, además, la comunión con la naturaleza tornase de esta manera total. El discreto crujido del viento en el roble, el misterio de la bruma levantándose, la caricia del sol, el graznido lejano de las grajillas, la nube cenicienta desplazándose sobre el cielo azul, cobran un sentido especial para el cazador, le dicen algo, son piezas de ese cuadro total que anima la conciencia de la plena libertad y la espera, siempre latente, de que la pieza se arranque» (pág. 134). (Al final resurge el cazador.)

Obsérvese que la simbiosis hombre-naturaleza está lograda sin embargo por la enumeración de detalles físicos, de sensaciones visuales y auditivas, no por el arrebatado poético mediante el cual el hombre se vuelca en la naturaleza, comulga con ella y la hace suya; es decir, acaba por asimilarla como parte de su yo, destruyéndola al volverla antropomorfa. Para Delibes, la naturaleza es independiente del hombre, y si el hombre es cazador encuentra en sus bellezas una razón de libertad, un motivo adicional para echarse al campo en busca de la pieza. La naturaleza constituye, por tanto, un acicate, un impulso, un motor, y no un «objeto» que está ahí, ante los ojos humanos, para ser poseído igual que una hembra. Resultado: el papel masculino, activo que la naturaleza asume en los libros delibianos, en vez de la blandura, la pasividad femeninoide



MD

MIGUEL DELIBES: **Con la escopeta al hombro.** Ediciones Destino. Barcelona, 1970; 176 págs. Ø12 x 18,5Ø.

## ESCRITORES ESPAÑOLES TRADUCIDOS AL BULGARO (1945-1969)

- |  |  |
|--|--|
| 1945. Benito Pérez Galdós: «Zaragoza».                 | 1965. Armando Palacio Valdés: «La hermana San Sulpicio».   |
| 1946. Miguel de Cervantes: «Don Quijote de la Mancha». | 1968. Antonio Ferrés: «Los vencidos».  |
| 1947. Vicente Blasco Ibáñez: «La catedral».            | 1969. Rafael Sánchez Ferlosio: «Industrias y andanzas de Alfanhuí».  |
| 1961. José Vidal Cadelláns: «No era de los nuestros».  | Rodrigo Rubio: «Equipaje de amor para la tierra».  |
| Luis Landínez: «Los hijos de Máximo Judas».            | Ana María Matute: «Historias de la Artámila».  |
| 1962. Armando López Salinas: «La mina».                | Camilo José Cela: «La colmena».  |
| Federico García Lorca: Obras escogidas.                |  |
| 1963. Juan Goytisolo: «La resaca».                     | Además, han sido traducidos, casi siempre del francés, algunos autores políticos y varias obras de José Ortega y Gasset, César Arconada, Pedro Antonio de Alarcón y Jorge Semprún. |
| Jesús Izcaray: «La hondonada».                         |  |
| Lope de Vega: «La estrella de Sevilla».                |  |
| 1964. Juan Goytisolo: «Duelo en el paraíso».           |  |

que toma en la prosa de otros escritores, grandes escritores a veces.

Si esto es así, no ha de extrañar que Miguel Delibes, aun refunfuñando contra los motorizados y los furtivos (cazadores por casualidad o por necesidad), acepte jocundo los riesgos y alegrías de la caza, la persecución y el cobro de la pieza, como algo perfectamente natural que coadyuva al mantenimiento del equilibrio ecológico. A Delibes no le importa matar, si no no sería cazador, mas posee una moral «sui generis» en lo atañente a los animales matables. Su pasión por la perdiz roja le lleva a preferirla, y, en general, opta por la caza menor. No le remuerde la conciencia cuando tumba una liebre, una codorniz, cuando encuentra una ganga, incluso si no es una ganga de esas que hallan los cazadores bisoños o desafortunados en los comercios que cuidan de mantenerles la reputación; pero le desagrada la montería, la caza mayor no le va. Enfrentado con un corzo, se percata de que ese corzo es un ser vivo que goza y sufre, que también es hijo de Dios, y ya no osa disparar sobre él. Ahora bien, si en lugar de un corzo se trata de un conejo, el problema se esfuma. Los escrúpulos morales del venado están en relación directa con el tamaño de lo cazable. Ignoro si Delibes es también cazador de gatos, animales pequeños, mas desde luego los

tigres no le van. Matar a un tigre le sobresaltaría. Delibes se explica: «La caza mayor —a excepción precisamente del jabalí— tiene unos ojos humanizados, especialmente dóciles y sumisos, que yo no me siento con arrestos para apagar. Por si fuera poco, los venados, los corzos, las gacelas muertas, adquieren un agarrotamiento, una rigidez que no me peta. Una perdiz pendiente de la percha es una pintura; un venado, es un cadáver» (pág. 153). Por otra parte, que Delibes haga una excepción en favor (en daño) del jabalí, al que considera digno de cuatro tiros, me parece un resabio semita. Lo que me inquieta es que el novelista considere al ganado vacuno como el medio de transporte más idóneo para trasladar jabalíes: «Sobre la vaca de un 1.500, con matrícula de Santander (buena tierra de vacas), reposaba un peludo jabalí de 80 kilos» (página 148).

No deja de sorprender que pintor tan cumplido de las peripecias de la caza del azulón, la liebre y la perdiz roja, establezca «lindes cinegéticas» para estatuir qué modalidades venatorias son permisibles y cuáles no. Los distinguos al respecto y las interminables disquisiciones sobre la nueva ley de Caza, son de un casuismo delicioso. En realidad, Delibes se avergüenza de ser el culpable de la agonía de un animal herido de muerte («... cuando oigo los chillidos

del conejo malherido o el berrido de niño de pecho de la liebre perniquebrada... mi conciencia no reposa mientras a uno o a otro no les propino el golpe de gracia detrás de las orejas» (pág. 171), mas no se pregunta por qué razón tenía que morir ese animal, salvo para satisfacer la vanidad del cazador. En cambio, le indigna la caza con reclamo (norma de la publicidad) y protesta con enojo al juzgar «esa vieja costumbre española de tener a la puerta de casa, pendiente de una alcayata, un perdigón enjaulado» (página 95). ¿Por qué? Ese perdigón, al menos, ha salvado la vida y está libre de perdigonadas. Si tener una perdiz prisionera constituye delito punible, entonces ¿por qué no castigar a los que enjaulan al loro, al papagayo, al canario, al periquito, pájaros también amigos de volar? Según la filosofía delibesca, lo criminal es el pájaro en la jaula; lo correcto, el pájaro en la percha. Pero la percha, la alcándara, sólo le gusta a los halcones, y ésa es otra percha de otra clase.

«Con la escopeta al hombro» —conjunto de crónicas cinegéticas sobre las incidencias de la temporada 1969/70— concluye con un capítulo «Sobre la crueldad de la caza», que no tiene desperdicio. Al escritor vallisoletano, con quien nunca me topo en Valladolid porque siempre está de caza, le molesta que los intelectuales tengan una idea

negativa de los cazadores («No nos engañemos, entre los intelectuales, los venadores tenemos muy mala prensa; les merecemos una consideración muy baja que de modo instintivo relacionan con la belicosidad, la agresividad, o la violencia», pág. 169). Argumento: también, pese a lo que digan, los intelectuales son felices comiendo perdices. Monsergas antivenatorias sólo las acepta de los vegetarianos. Ahora bien, que el hombre sea omnívoro y, por ende, carnívoro, significa que, al igual de otras especies, debe de matar para alimentarse y sobrevivir, no para divertirse, para gozarse en el sufrimiento de seres indefensos. La caza deportiva será siempre un deporte cruel, y no sólo cruento, como Delibes afirma. Es innecesaria. Todos sabemos que en ciertos países existe la pena capital, mas a nadie se le obliga a ser verdugo, así como a nadie se le fuerza a ser cazador deportivo. Además, el mismo Delibes se contradice cuando asevera que la muerte de la caza no es cruel, y a continuación enumera los diversos padecimientos, las agonías dolorosas de los animales heridos. Bien es verdad que Delibes minimiza los sufrimientos de las bestezuelas moribundas en atención a la abundancia de raposos, garduños, gatos monteses, águilas y otras rapaces que ya les darán la puntilla, para devorarlas con toda tranquilidad. El que no se consuela es porque no quiere. Es como si a un peatón atropellado por un 600, en lugar de prestarle auxilio, le consolaran diciéndole:

—No se apure por sus heridas, ni le preocupe el estar agonizando. Ya vendrá un camión de diez toneladas y le rematará.

La caza resulta, sin discusión, un deporte cruel. La caza tiene, sin embargo, tantos adeptos como las corridas de toros, asimismo crueles, mas con la diferencia de que el toro puede matar o morir, mientras que el conejo, la perdiz, la becada no tienen más opción que verse exterminados por los deportistas. Consuelo único para aves, caza menor cuadrúpeda y jabatos: resucitar en un libro de caza de Miguel Delibes.

Antonio IGLESIAS LAGUNA



# MIGUEL DELIBES

**N**UEVAMENTE Delibes entre nosotros. Y es curioso por repetido; Miguel Delibes el escritor español cuyos libros han sido elegidos como texto para los estudios de Castellano en las Universidades francesas, inglesas, norteamericanas, se nos acerca, se nos aproxima —una vez más— con la sencillez, con la pureza, con la pulcritud casi incontaminada, de esos limpios amaneceres de Castilla, cuando parece como si la naturaleza surgiera ante los ojos del hombre como recién parida, a la vez mítica y humana. "El



escritor —piensa Delibes— debe ser un hombre prevenido contra la oscura e irresponsable previsión de las palabras". Tan independiente como le exija su condición creadora antipoda del encorsetamiento, de la sistematización que corta las alas de lo intuitivo y resta frescura y espontaneidad y que, como todos los programas previos, fosiliza. Acaso sea menester buscar aquí la perenne actualidad de un escritor que por permanecer siempre fiel a tales pronunciamientos, se mantiene vivo, enhiesto, original, al día, en el difícil mundo de las Letras españolas proclive siempre al grito, al clan, a la promoción de fantasmas, y como tales de duración meteórica, si bien lo suficiente-

Por José DEL RIO SANZ

mente influyentes para promocionar el cartel propagandístico que permita a los negociantes el juego de alcanzar, de un año para otro, el nombre que protagonice la buena marcha de sus asuntos.

Tal vez, por eso, la característica más honrada y por lo mismo persistente del escritor Miguel Delibes, haya sido su absoluta sinceridad, el haber llegado y el haberse mantenido solo por la nobleza de su condición a medias hecha de absoluta servidumbre a su vocación de hombre que escribe y de la que es vitalmente imposible substraerse, y haberlo hecho ahondando en sus propias raíces a las que siempre permaneció fiel, universalizándolas, precisamente por sus caracteres localistas. Sólo así, ya lo dije alguna vez, Delibes para llegar no tuvo nunca que recurrir al escándalo. Fiel a sí mismo, no precisó del paraguas rojo de Azorín, de atuendos esperpénticos a lo Valle Inclán, o ya, con una mayor actualidad, de la demagogia del exabrupto a lo Cela con pedilubios en las fuentes públicas que, ciertamente, es una manera bastante extraliteraria de llamar la atención. Y no es que yo cante las glorias de Delibes, pero es la pura verdad. Delibes ha ganado la fama a pecho descubierto, y si no se sienta en la poltrona de la Academia, acaso sea porque no haya querido o no se lo haya propuesto, que méritos comparados —y siempre fueron odiosas las comparaciones— el más lerdito en estos menesteres podría aportar sin mayores trabas para tan indiscutible candidato.

Delibes, pues, noticia una vez más en la República de las Letras, y por lo mismo, una vez más noticia, también, en el recuento de libros recientes salidos de las prensas, originales unos y otros con la originalidad que su calidad presta al milagro de nuevas reimpresiones. Pues varío y constante, el quehacer literario de Miguel Delibes es río que fluye y permanece; que alumbró ideas y delimita conceptos; que hace fructificar ese hervidero en que la vida humana se vierte y convierte cada día. Porque es Delibes, el cronista sin par que hace de las cosas —de todas las pequeñas cosas humildes y consuetudinarias— el eterno protagonista de su obra, sea niño, hombre, animal, cosa o paisaje, material luceña siempre con que construir la urdimbre de sus libros: Daniel, el Mochuelo; Lorenzo, el Cazador; Nini el de las Ratas, o el Eloy, la Desi, la perra Doly, la perdiz roja, o los trebejos y entusiasmos de Lorenzo, cazador en castellanos tesos o emigrante infeliz y nostálgico sobre las urbes —que no ubres— de las Américas del tío Edigio. Más de una vez lo he dicho: Delibes, fiel a lo suyo que pule, eleva y universaliza por suyo y en donde vive y perdura. Delibes humanista que hace del hombre y sus problemas la perdurable pregunta que nunca intentará desentrañar apartándose de los esquemas que delimitan su estructura biológica y espiritual, bien en los personajes que recrea y con los que puebla la aventura de sus narraciones, bien en aquellos otros que a pluma vuela intenta captar en el variopinto mundo donde ocasionalmente se sumerge y que en sus viajes, por ese mismo mundo, invariablemente, sin pretensiones topa. Uno de los mayores aciertos de Delibes es situarse ante las cosas, ante los paisajes, ante los seres que los pueblan, sin prejuicio, dispuesto a ver, a oír, a captar. Aparentemente de un modo estrictamente impersonal, aunque por fuerza, porque así tiene que ser, él alambique con su sentido común, con sus experiencias morales o intelectuales, el material que así, de buenas a primeras, se le viene a las manos. Los niños —por ejemplo— que Delibes hace discurrir tiernamente —siempre tiernamente aunque alguna vez no lo parezca— por la sábana ancha e infinita de sus limpias páginas, son aquellos que su memoria conserva, limpios de toda mácula, llenos —él lo dice— de toda la gracia del mundo y abiertos a todas las posibilidades en la aventura intacta de una vida que se aprestan a iniciar. Son los niños cuya muestra y reflejo nos ofrece en un libro encantador, "Mi mundo y el mundo" hecho a retazos de otros libros suyos en los que el protagonista, tremendamente humano fue un niño ya en trance de convertirse en aprendiz de hombre que a mi modo de ver es el aprendizaje más hermoso aunque más trágico y difícil. Por eso su lectura, conformada para muchachos de once a catorce años, es entrañable, honda, estricta, atesorada por unas ilustraciones que el novelista no ha dudado en calificar de "animadoras", de importante ayuda con que aclarar y orientar los pasajes o palabras más difíciles. O esas limpias páginas del Delibes cazador —su "Diario", "Con la escopeta al hombro", el "Libro de la caza menor"— en las que el escritor, pluma y escopeta en ristre, se sumerge en la felicidad de la más auténtica creación literaria sin las perplejidades que, según confesión propia, le acometen en el desvelo y desarrollo de otros temas. "Los asuntos de caza —dice— constituyen para mí, en cierto modo, una liberación de los condicionamientos que rigen el resto de mi actividad literaria". Pues en Delibes, el tema, es una continuación alegre de sus correrías cinegéticas, ya que, el escribir sobre caza, es reproducir —concreta— la placentera sensación de sentirse libre sin coacción alguna que cohorte sus formas expresivas, inmerso en ese mundo maravilloso de los espacios abiertos cara a la lluvia, al viento o al sol de un campo siempre recién hecho, siempre recreado y libre. De universal y apasionado deporte —lo califica Ortega— y, merced al cual, el resultado de la jornada puede ser indiferente: "no es esencial a la caza que sea lograda. Al contrario, si el esfuerzo del cazador resultase indefectiblemente afortunado, no sería esfuerzo de caza, sería otra cosa". Pues —añade— toda la gracia de la cacería está en que sea siempre problemática". ¿Será por esto por lo que Delibes cazador-escritor se siente más feliz, más fluido, más inevitablemente ilimitado en su función literaria y creadora cuando de escribir sobre asuntos de caza se trata, libre entonces de toda coacción en sus formas expresivas?

Un tercer aspecto, el Delibes cronista de lo que ve, comentador estricto de aquello que contempla. "Cada cual tiene su particular manera de pasear por el mundo... Sus técnicas son tantas como cabezas... pues el mundo es susceptible de medirse con muy distintas maneras..." Delibes escritor viajero, que viene a ser tanto como periodista en activo y que, pese a sus criterios, es también tarea del ejercicio literario, un ejercicio vocacional y difícil, precisamente por su aparente sencillez. Pues nada aparentemente más sencillo que llamar a las cosas por su nombre aunque acertar en todo tiempo con el nombre —el justo, estricto, llano,

concreto nombre— de las cosas, sea ya otro asunto. Eso es tarea del periodista, de ese género literario del periodismo aún no definido en los tratados, pero que viene a ser como la piedra de toque de todo escritor que se precie; que para pintar la realidad y por tanto llegar al fondo de la vida, ha de saber hacerlo en los términos precisos que eviten que esa vida se convierta en cartón-pletera, en figuración, en desaliñado boceto, en sucedáneo.

Delibes, viajero, se nos manifiesta aquí como escritor que no inventa, que no interpreta, que ni siquiera intuye, sino el escritor que ve, capta y concisamente refleja la vida así vista en plena y sincera espontaneidad, sin amaños imaginativos de ningún género. Los libros de viajes de Delibes —"Por esos mundos", "Europa: parada y fonda", "U.S.A. y yo", "Primavera de Praga"— responden, así, a la disposición del viajero-escritor que al azar elige la ruta de sus pasos y sin prejuicio ni predisposición alguna, echa a andar por el ancho mundo, los ojos bien abiertos y el corazón limpio y caliente para entender el latido de los demás —hombres, cosas, costumbres, paisajes— que tantas veces le servirán de contrapunto, de confrontación, de diagnóstico, y siempre le ayudarán a la penetración y a la comprensión precisas para que el objetivo cordial —la vida de los demás, distinta, compleja y vasta— pueda luego reflejarse en el comentario cálido, humano y justo a que todo país, todo pueblo, toda raza, es acreedor. Para que coincidan en un solo punto de vista "el mundo que uno ve, el mundo que otros vieron y el mundo que le hacen ver los demás". Que Delibes haya conseguido este propósito, dan fe las páginas de este nuevo,

volumen de su "Obra completa", que hoy entra en nuestro comentario. Y también para que en ellas sigan vigentes esas constantes que han vertebralizado el quehacer de Miguel Delibes a todo lo largo de su creación literaria: su preocupación en torno al hombre —infancia, muerte, naturaleza, prójimo— sujeto perenne de su entrega; programa sugestivo siempre en realización, al que presta la carga de ese humano misterio —dolor, amor, sacrificio, entrega— que Delibes mantiene a cuevas y que él transmite a los hijos de la fantasía o de la realidad que gravitan en los puntos de su pluma, vivos, reales, humanos, al descubierto y siempre por descubrir como corresponde a la condición del escritor que vive y perdura en su obra.

**MIGUEL DELIBES: Obra Completa, tomo IV** ("Por esos mundos", "Europa: parada y fonda", "U.S.A. y yo", "La Primavera de Praga").— Ediciones Destino, 600 páginas.— Barcelona, 1970.

**CON LA ESCOPETA AL HOMBRO.**— Libro sobre caza, por Miguel Delibes.— Ediciones Destino.— Colección Ancora y Delfín.— 178 páginas.— Barcelona, 1970.

**MI MUNDO Y EL MUNDO.**— (Selección de lecturas para niños), por Miguel Delibes.— Presentación del Ministerio de Educación y Ciencia.— Ilustraciones de Pedro González Collado.— Editor e Impresor, Miñón, S.A.— 120 páginas.— Valladolid, 1970.

# LAS ARTES Y LAS LETRAS

en **EL DIARIO VASCO**



## MIGUEL DELIBES, CAZADOR

**E**L premio Nadal es una oportunidad. No es otra cosa. Ante su concesión, caben y se han dado reacciones muy diversas. Así, la de aquellos escritores que, considerándolo el hito principal de su carrera, fueron lentamente diluyéndose en el olvido por pensar que ya habían escalado la cima más alta. Así, la de quienes lo subestimaron, como Carmen Laforet. (Es necesario añadir, sin embargo, que la subestimación sobrevino después de haber concurrido al mismo. Con la autora de «Nada» aconteció un curioso pleito: aquél en cuya virtud tratábase de dilucidar si Laforet había prestigiado al galardón, o viceversa.) Así, la de quienes lo olvidan, como Rafael Sánchez Ferlosio. (Es curioso el caso del autor de «El Jarama». Tuve oportunidad de hablar con él por teléfono, hace unos años. Le dije que su libro me había entusiasmado. El me contestó que hacía tiempo que a él le había dejado de gustar. También me dijo que se había retirado de las letras. Me dejó bastante perplejo Sánchez Ferlosio.) Así, la de quienes lo vienen a considerar como un simple paso en su carrera, como José María Gironella.

Para Miguel Delibes, me parece, el Nadal constituyó una rampa de lanzamiento que el escritor castellano aprovechó sabiamente. Miguel «partió» del Nadal. No

se obcecó. No perdió la cabeza. No se abandonó. Siguió trabajando, paso a paso.

Su tenacidad tuvo premio. Año tras año, Delibes fue reuniendo una obra, y ésta obra fue importante. No descansó en el empeño. Era novelista, e hizo novela tras novela. Ahora, cuando su fama está ya afirmada y no se basa solamente en la inestable plataforma de un galardón, reunió la serenidad suficiente para hacer cosas diferentes a la novela.

De esta guisa, Delibes puede ahora elevar sus ocios a rango literario. Y decimos esto aun a sabiendas de la existencia de Lorenzo, el cazador, aquel que protagonizó el «diario» que hace ya bastantes años publicó la misma Editorial Destino. Pero Lorenzo tenía más de protagonista que de otra cosa. Lorenzo, aun siendo profundamente humano, era personaje. Y no el personaje Miguel Delibes, sino el personaje creado por Miguel Delibes.

«Con la escopeta al hombro» no tiene protagonista. O dicho de otro modo: el autor no se encarna en nadie, sino que nos sirve su propia encarnadura, su experiencia limpia, su pensamiento. Delibes habla, aquí, de su ocio predilecto: la caza.

El libro es interesante para todos. En infinitamente más interesante, por razones obvias, para todos aquellos que recorren los

pastizales, con un perro a la vera y una escopeta a punto. Delibes habla de caza, y lo hace gozosamente. El mismo lo reconoce: «A menudo el creador alude a la dicha, a la felicidad de la creación, aunque yo debo reconocer que rara vez me siento dichoso escribiendo. Esto no me sucede cuando escribo de caza. Para mí, escribir sobre asuntos de caza constituye, en cierto modo, una liberación de los condicionamientos que rigen el resto de mi actividad literaria. Si cazando me siendo libre, escribiendo sobre caza reproduzco fielmente aquella placentera sensación.»

Como entre los presuntos lectores de esta crónica habrá cazadores y también enemigos de esta actividad, me apresuro a decir que el autor parece haber considerado la existencia de los dos bandos. Así, el capítulo final de la obra se centra en la cuestión de si la caza es o no es cruel. Miguel Delibes, entre otras consideraciones al respecto, define: «La caza es un deporte cruento.» Y añade: «Como es cruenta la matanza del cochino, o el sacrificio de los pollos o la tabla del matarife.»

José María MENDIOLA.

Miguel Delibes: «Con la escopeta al hombro», de la Colección Ancora y Delfín. Ediciones Destino, de Barcelona. Año 1970.

“Con la escopeta al hombro”, artículos sobre caza, por Miguel Delibes. Vol. 365 de la colección “Ancora y delfín”, de Ediciones Destino. Barcelona, 1970.

La caza, para Miguel Delibes, es un ejercicio deportivo, pero es también una manifestación de su propia libertad. Quiere cazar libremente y quiere que libremente pueda también ser cobrada la pieza que él pretende cazar. Igualdad de oportunidades para el cazador y para el animal al que se da caza. Libres oportunidades justamente reguladas en beneficio de una mayor libertad para todos, no del goce —exclusivo y exterminador al par— de unos pocos. Caza humanamente practicada y no matanzas sistemáticas ejecutadas a mansalva. La caza que Delibes defiende es fatiga personal, agudización del ingenio y de los sentidos corporales, recta aplicación, respetuoso cumplimiento de unas reglas dictadas por una autoridad que ha de suponerse providente y sensata. Y de aquí los ataques de Delibes a algunas prescripciones del proyecto de la nueva Ley de Caza, y de aquí también las excelentes descripciones de sus propias cacerías, constante ocasión para él de ponerse en contacto con el campo castellano, que tan bien conoce, y de contar en un estilo cada vez más suelto y más jugoso los lances de cada jornada de caza, los rasgos y frases, tan elocuentes, de los labriegos y de los cazadores. No soy yo cazador, ni lo he sido nunca, pero me divierte enormemente leer estos relatos, sigo con interés creciente las justas argumentaciones del autor, cada vez más dueño de su prosa, mejor polemista, más sensato en sus juicios, más liberal en sus apreciaciones. Invito a mis lectores —que siempre lo son de Delibes, pues en que lo sean pongo mi mejor voluntad— a que otra vez lo comprueben ahora por sí mismos.

MD

# Genios, incomprensidos y mediocres

Es verdad que la literatura, el arte y las cosas de alta creación han estado siempre muy mal tratadas en nuestro país. Casi siempre el ambiente ha sido negativo en el pueblo por una causa bastante clara: la escasa formación e información que éste ha tenido de las obras de sus coetáneos. Nunca los de arriba se han preocupado de estimular el interés por estos trabajos que, a la larga, resulta que han sido los que han quedado, dando gloria y lustre a España y haciendo posible que los españoles nos pasemos la vida presumiendo de los genios que fabricamos, sin caer en la cuenta que la mayoría de las veces a esos genios le hemos hecho la vida imposible, lo hemos marginado, perseguido, matado, despreciado y varias "gracias" de las que los españoles —pueblo al fin ocurrente— somos pródigos.

Por ese desinterés de los de abajo —y no uso el vocablo en sentido calificativo, sino fijándome en la línea paternalista puesta en ejecución a lo largo de nuestra historia— ha tenido una bonita correspondencia en los de arriba que siempre puestos en estado de alerta contra los posibles peligros que representaban para su comodidad, sus privilegios y sus potestades, los hombres de intelecto, cuidaban muchísimo de que sus obras no trascendieran a los demás y que ellos vigilaran —como mecenas o como

fuera— lo que se hacía, a fin de darle un visto bueno o, en caso contrario, el pasaporte a la oscuridad. Oscuridad que muchos superaron a base de no pocas penalidades.

Puestas así las cosas, lo verdaderamente increíble es que nuestro país haya dado tantos hombres de personalidad, tantos inconformistas y tantos genios de las letras y las artes. Y es que, pese a las trabas, los temas intocables, la jerarquización y dogmatismo de nuestra sociedad, es imposible ponerle barreras al pensamiento y a la creación artística del ser humano.

Claro está que, generalmente, para conocer a un hombre de letras —siempre los más observados y marcados en nuestra sociedad— hemos tenido que esperar a que se murieran o, por lo menos, a que desaparecieran los encargados de marcarlos, es decir, sus contemporáneos. Pero ahí están demostrando que, pese a todas las cosas, el hombre está por encima de las circunstancias por muy adversas que éstas sean.

Este bonito panorama se completa, sin embargo, con otras curiosas anomalías. Una de ellas es la de la proliferación, triunfo y cartelera de los mediocres. En sociedades como la nuestra, donde al pueblo no se le ha educado para juzgar por sí mismo —y si juzga no se tiene en cuenta—, el triunfo del mediocre es fácil y hasta diríamos justo. Es lo que la sociedad

necesita para no descomponer su pulso y no causar molestias. El mediocre triunfa, le dan premios y medallas, puestos y prebendas y vive, dentro de los límites, hasta admirado y envidiado por tantos otros muchos mediocres que quisieran ocupar su puesto. Lo único malo es que nadie se acordará de ellos cuando dejen de ocupar un sitio entre los vivos. ¿Pero tiene acaso apetencias de inmortalidad el mediocre?

Claro que para completar afirmativamente nuestro retablo, tenemos a los "incomprensidos". Son los autogenios, los que apenas hacen nada, pero que gustan de revestirse de la aureola del incomprensido para tener, también su público. Público reducido de tertulia y pandilla, sobre el cual deja caer magnánimamente el regusto agrio de su genio, la superioridad ficticia, la crítica negativa de todo —y todos— lo que le rodean. Estos incomprensidos integran otro pilar del panorama a fin de hacerlo variado y triste que es como tiene que ser.

Lástima. Las sociedades no deberían ser así, pero lo son. No sé cómo haríamos para cambiar algo de estos panoramas tan poco propicios que, desde luego, merecerían, quizás, otros comenariarios más determinados donde intentáremos ir algo más al fondo de la cuestión.

RUIZ MOLINERO

## Miguel Delibes

### "Con la escopeta al hombro"

MD

La actividad deportiva más antigua del mundo y la percepción pura del vivir

En la editorial "Destino", de Barcelona, Miguel Delibes acaba de publicar "Con la escopeta al hombro", que constituye una serie de XXV artículos o capítulos que nos describen sus impresiones de cazador en la temporada 1969-1970. Como él confiesa, cazar y escribir de caza constituye para él una verdadera liberación. Y el ejemplo lo tenemos si recordamos la obra que le precedió en la famosa editorial "Parábola del naufrago", que nosotros definimos en estas páginas como el logro de un virtuoso de la pluma al cincelar, en una nueva línea de su creación literaria al desmenuar con maestría el hilo de una situación angustiosa muy expresiva de nuestra época. O de «Las ratas», ejemplo de cómo la buena literatura es, a la vez, sociología y economía, adobado todo con la belleza de expresión que viene a recoger el entorno humano sin decir que lo hace, como los buenos guisos donde sus componentes están en presente aromas y matices como fundidos.

Miguel Delibes, al escribir de caza, lo hace con una gran soltura, totalmente desinhibido, repitiendo así, lo que esa noble y antiquísima actividad humana despliega en el ser desde las remotas épocas del paleolítico inferior.

Y al mismo tiempo que Miguel Delibes se libera al recordar ágilmente los episodios de la jornada recordando la dureza de la caza de ladera y el verdadero estremecimiento que tiene algo de cósmico, de aquella «hecha un trapo» por el certero disparo, pero que con la velocidad que llevaba, fue a caer cincuenta metros más lejos, en los arados del llano, también viene a despertar en el hombre cazador escalofríos, emociones y recuerdos. Como la primera perdiz descolgada allá en Cijanacos o la inquietante y llena de sorpresas caza de las agachadizas y los patos reales en las lagunas del Padul.

En Delibes, cuando caza y cuando escribe de caza, vemos surgir toda la emoción de este deporte si se practica noblemente, a la vez, que experimentamos la nostalgia de algo que puede llegar a desaparecer para la mayoría de los cazadores aunque, de Madrid para abajo, existan enormes criaderos y mataderos de perdices y se cobren en muy pocas jornadas,

PASA A LA PAGINA SIGUIENTE

## NOTAS BREVES

### XX ANIVERSARIO DEL PREMIO «PLANETA»

versario de la creación del Premio Planeta. La presente convocatoria sigue siendo la más alentadora de nuestro país al estar dotada la novela que resulte galardonada con un millón cien mil pesetas.

A primeros de febrero de este año se ha abierto la admisión de originales tras de la publicación de las bases establecidas para la concesión del XX Premio Planeta de novela. A él podrán concurrir todas las obras inéditas escritas en lengua castellana con una extensión no inferior a 200 cuartillas, tamaño holandesa. Las bases están a disposición de quienes las soliciten, en las oficinas de Editorial Planeta, calle de Fernando Agulló, 12, Barcelona.

### Próxima lectura de un libro de Eulalia de la Higuera, en Madrid

"Isla Redonda e inventada", el libro de poemas de Eulalia Dolores de la Higuera, está obteniendo elogios en la crítica española especializada. Próximamente, Eulalia leerá la obra en Madrid, en el Ateneo y en el Instituto de Cultura Hispánica, presentada por Luis López Anglada. También ha sido invitada a preparar un libro para una prestigiosa colección poética.

OR CON

UN LIBRO

...casado en todas partes el sosiego y no lo he encontrado sino sentado en un rincón apartado con un libro en las manos".

...Pero median dos escollos conflictivos entre libro y lector: las limitaciones del lector y de la biblioteca tra-

...nizada con los medios ofrecidos por la electrónica y el resto de la tecnología moderna. Para resolver el problema de la proliferación bibliográfica calificada de "babélica" por el profesor Masrera, las bibliotecas estatales comienzan a irse actualizando por el camino de la automatización. Vamos hacia una nueva organización del libro: los catálogos y servicios bibliográficos, mediante la reprografía, la electrónica, la microficha producida por computadora, la sustitución del fichero tradicional por las correspondientes referencias cruzadas en rollos de micro película, etc., etc. La Biblioteca, así renovada, automatizada, se revalorizará como biblioteca nueva y centro de documentación e información a nivel de los tiempos actuales. Será capaz de solu-

# MIGUEL DELIBES

VIENE DE LA PAGINA ANTERIOR

hasta 300.000 perdices y, por cada una, suelen pagar 300 pesetas. Porque este hombre endurecido por la tierra castellana es uno de los más fervientes defensores del cazador modesto que hoy apenas tiene donde ir.

Miguel Delibes, explica de qué forma si bien los famosos vedados y cotos del Sur se protegen y traspasar sus «monjones», puede costar la cárcel y hasta 50.000 pesetas de multa, en los otros terrenos la caza se extingue sin apenas quien la defienda, pues una multa de cuarenta o cincuenta duros no basta para detener al cazador que, desde su coche, utiliza casi silencioso —un latigazo apenas— del calibre 22 para liquidar, tranquilamente a unas perdices apeonando. Por este camino, el noble deporte de la caza, corre el peligro de convertirse en el privilegio de unos pocos. Porque no es la defensa del coto lo irritante, sino el descuido —según señala el escritor— la indefensión, en que se tiene a la caza de Madrid hacia el Norte y en los lugares no acotados.

El capítulo VII dedicado a «la brava caza de la ladera» es tanto para el escritor como para cuantos la hayan practicado, siquiera unas pocas veces en su vida, uno de los más emocionantes y duraderos recuerdos; porque esta forma de cazar en mano por cerros o laderas de gran desnivel —como aquí lo es la sierra de Quénar— es una dura lucha donde a la perdiz, es decir, a «la reina del monte», hay que vencerla no sólo con la escopeta, sino que primero, a base de pies entre cortantes piedras y espinosas abulagas y cuidar que los bandos no se vuelvan ni se descuelguen al llano sino que sigan ladera adelante, vuelo tras vuelo.

«¿Que qué tiene de particular la caza en ladera? Varias cosas, sin duda» —dice el escritor—. En primer lugar, el esfuerzo. Operar sobre el plano inclinado de una ladera castellana, generalmente de greda revestida de guijos, es ya de por sí un ejercicio de equilibrio meritorio. El cazador de esta guisa ya realiza algo plausible manteniendo la vertical, esto es, conservándose de pie. Las alternativas de cárcavas y cabellones, de vaguadas y repliegues, de giros a derecha e izquierda, hacen de la andadura un ejercicio, un ejercicio forzado para piernas, cintura y pulmones, ejercicio que se endurece por los obligados desplazamientos arriba y abajo, buscando los escobos, las bandas de tomillo y espinos, los breñales donde la perdiz dispersa y cansada suele echarse a reposar. El sol arriba, que al iniciar la jornada era una dulce delicia, va convirtiéndose a medida que el día progresa en una bola de fuego que nos envuelve en sudor. La sed empieza a atormentarnos, en tanto las perdices sorprendidas en las vaguadas o en los pajones rayanos a la tierra, vuelan briosas y largas sin brindar ocasión al disparo. Esta situación de difícil estabilidad, de castigo corporal creciente, va a ser la tónica de la jornada. El secreto de este tipo de caza radica en no claudicar, en no dar respiro a los pájaros, a sabiendas de que nuestra fatiga es «su» fatiga y nuestra sed «su» sed.

Escribe bien Delibes y, además, siente la caza. En su capítulo sobre «La soledad del cazador a rabo» recoge esa vivencia ancestral del cazador solitario con el paisaje, las nubes y los cantos y ruidos lejanos de las montañas, de las llanuras y pantanos de horizontes inmensos y caza variada, extraña; el mudo diálogo que se establece con el perro, su fiel compañero. Ese diálogo de miradas expresivas, sorpresas, gestos de fracaso o de entusiasmo y afectos escondidos del hombre con aquel su primer amigo que, al final ya del paleolítico superior, fue el primer animal salvaje que vino a asociarse con nosotros. Hacer a nuestros antepasados menos terrible la entrada en la gruta del oso y más llevadero el encuentro del hombre frente a la inmensidad en aquellos paisajes de interminables cacerías de que nos hablan la plasticidad de Altamira y el dinamismo expresivo de esas figuras de cazadores y ciervos del arte levantino.

En sus capítulos sobre las codornices y su guiso, así como sobre la transformación de la perdiz de ave tierna, en dura carne musculosa hecha con sus vuelos y persecución excesiva en los terrenos libres, conocemos en Delibes al hombre que, al igual que sabe disfrutar del paisaje y las emociones del día, tanto en la caza como en la percepción de la sorpresa diaria —que es la caza de todo buen escritor—, en la rueda diaria nos da la lección de que hay que saber valorar esa gama variadísima también de sabores y aromas donde la esencia de la Naturaleza viene a adentrarse también por otro de nues-

tros sentidos. Una forma más de sentirse vivos para que el aburrimiento o la rutina, el tiempo denso —sin alma ni sentido— no lleguen a anidar en nuestro cuerpo ni en nuestra alma.

J. CORRAL MAURELL

# illeg NAC 30

ALTA CONCENTRACION

una nueva y sorprendente  
fuerza nutritiva para





# UN NUEVO LIBRO DE



MIGUEL  
DELIBES

Con la escopeta  
al hombro

Por un proceso inexorable, que se ha ido acentuando, sobre todo, en las últimas décadas, el hombre ha ido confinándose en la ciudad y rompiendo así ese contacto necesario con la naturaleza, al fin y al cabo madre y maestra. El asfalto ha sustituido a la tierra y los bloques de cemento y piedra, ladrillo y cristal, fueron ocultando paulatinamente el horizonte, reduciendo al hombre a una especie de elemento coordinador de la llamada «civilización de la técnica» y víctima, en cierto modo, de este desarrollo creciente de la mecánica, que cada día le aleja más de su medio natural.

La caza, que con el tiempo y desde lo que inicialmente fuera una necesidad, se había convertido en un deporte, se presenta hoy para muchos, de nuevo, como una necesidad. A través de la aventura de la caza se renueva el contacto con la naturaleza y precisamente en su aspecto más elocuente: el dramático. La figura del cazador tiene algo de telúrico y mítico, de remoto y a la vez de eterno. Es, acaso, la manifestación más elocuente de la función del ser humano sobre la tierra en trance de subsistir y de imponer, al mismo tiempo, su superioridad. Donde hay drama hay vida, parece entender el cazador, que al entregarse a la aventura es como si pretendiera hallar una definición de sí mismo como ser fiel a los principios naturales.

Si es cierto que autores de indiscutible talla han tratado el fenómeno de la caza en toda la suerte de variantes que ofrece, desvelando así al profano —hombre del asfalto— los misterios del rito, ningún escritor como Miguel Delibes ha sabido acercarse al entendido o curioso, de manera tan sencilla, tan apasionada y rica, tan profunda también, el significado de la caza. Acaso porque en Delibes la carga humana se impone a toda especulación puramente científica. El va al medio natural, sin filosofías, o con la filosofía, quizá, más valiosa: la de lo auténtico. En el caso de Delibes tanto monta el cazador que escribe (magistralmente por cierto), como el escritor que caza.

Un nuevo libro de Delibes: «Con la escopeta al hombro», viene a ampliar esa valiosa aportación, en la doble vertiente cinegética y literaria, del escritor vallisoletano a nuestras letras. Esta obra integra la serie de artículos aparecidos periódicamente en el diario «El Noticiero Universal», en los

que el escritor, al pulso de los días, fue trasladando sus impresiones sobre la caza, sus experiencias, sus conocimientos. Pero no es el artículo bien hecho solamente; el artículo de un periodista relevante y un escritor excepcional (hoy por hoy el mejor novelista español), sino también la prolongación del hombre, humano, sencillo, apasionado, pero equilibrado al mismo tiempo, que es Delibes. Si cada uno de estos artículos tiene un sabor a pan tierno, recién sacado del horno, con ese olor inconfundible, que invita a comer, a degustar, a saborear, agrupados en volumen constituyen un magistral ensayo, valioso en cuanto a las revelaciones que sobre el tema hace, las observaciones agudas que recoge, como, sobre todo, por su calidad literaria. Pocas veces un tratado tiene, como en este caso, tales soportes literarios. Nada escapa al ojo del cazador. En su aventura se entrega de tal modo al esfuerzo que ni el terreno ni las especies, ni las costumbres de estas especies, ni, incluso, lo que legisla y rige el medio del cazador, escapa a su conocimiento y subsiguiente interpretación.

El hombre liberal que hay en el escritor, su sentido humanísimo de la vida, se manifiesta también en esta defensa que hace de la caza democrática. Escopeta al hombro, el perro pegado a la pantorrilla y el horizonte abierto por delante, el cazador se lanza a la aventura y el escritor, inconscientemente acaso, va registrando el proceso natural y anímico de esa aventura, que luego es reflejada en el libro con sagacidad y emoción. Son éstas —sagacidad y emoción— las dos constantes que se dan en esta clase de obras de Delibes. Consigue trasladar al lector, incluso al muy alejado de estas costumbres, lo que la caza tiene de heroico, de mítico y ritual, de bello también. Casi obliga a uno a pensar que tenía razón Smith Surtees cuando afirmaba que «todo el tiempo que no se emplea en la caza es tiempo perdido». Cada libro de Delibes sobre la caza es una tentación. Y para el hombre de asfalto, este ser confinado en los límites cada vez más estrechos de la ciudad, la lectura de uno de estos libros, como este editado por «Destino», constituye una ventana abierta hacia esa naturaleza que Delibes sabe cantar tan bien y que cada uno de nosotros añora.

CASANOVA